

Fouquier-Tinville fué llamado al comité y encargado de hacer comparecer á los dantonistas en el tribunal revolucionario. Agudo y afilado como la hoja de una espada, Fouquier no tuvo más que hacer que redactar en forma de acta de acusación el informe de Saint-Just.

Danton, sin embargo, aparecía tranquilo en su prisión, fingiendo el desinterés de su propia suerte. Chanceándose á través de la reja con los demás presos, hacía en términos grotescos el retrato de los miembros del comité. «La república los aplastará,—decía.—Si yo pudiera dejar mis piernas al parálítico Couthon y mi virilidad al impotente Robespierre, esto podría marchar aún por algún tiempo. En cuanto á mí,—añadió,—no echo de ménos el poder, porque en las revoluciones queda la victoria por los pícaros.»

Por estas palabras se conoce que las revoluciones no habían sido nunca para él sino unas luchas de ambición, y nunca triunfos de las ideas.

Otras veces, arrepintiéndose filosóficamente de las agitaciones de su vida y de la vanidad de la ambición, decía: «¡Valdría más ser un pobre pescador que gobernar á los hombres!» Recordando con placer los dichosos días que había pasado en su última retirada en Arcis-sur-Aube, hablaba de los espectáculos y de las distracciones del campo, de la serenidad que el contacto con la naturaleza esparce en el corazón del hombre, de la felicidad doméstica y del ardiente amor de su corazón hacía una mujer que le hacía olvidarse hasta de su patria. Se enternecía al pensar en el cautiverio de tantas madres, esposas é hijas inocentes encerradas en el Luxemburgo, fingiendo que ignoraba aquel abuso y aquel exceso del sombrío poder de la Convención. «¡Cómo!—dijo una de las presas á Lacroix, que se paseaba con Danton.—¿No sabíais que millares de presas poblaban las cárceles, y no habeis encontrado nunca las carretadas de sentenciadas dirigiéndose al suplicio?» «No,—contestó Lacroix,—yo no me he hallado nunca con las carretas, no he visto jamás correr la sangre, porque me hubiera horrorizado. Danton y yo queríamos una república sin ilotas.»

## VII

Así se pasaron los días que precedieron al juicio. Se respetaba á Danton, y se compadecía á Lacroix, á Bazire y á Camilo Desmoulins. Herault de Sechelles tenía la serenidad de un justo que ha pesado su vida y su muerte, y que se glorifica del martirio por la libertad. Joven, rico, elocuente, aristócrata de nacimiento, y uno de los más hermosos hombres de su tiempo, Herault de Sechelles dejaba, sin embargo, detrás de sí un amor que debía aumentar el dolor de su alma. Durante su misión en Saboya, se había relacionado con una joven de nacimiento ilustre y de rara belleza. Esta había sido para Herault de Sechelles en Chambery lo que Teresa Cabarrús había sido para Tallien en Burdeos. La infeliz lloraba y se desmayaba en las puertas de la cárcel, sin poder ablandar á Robespierre.

Fabre d'Eglantine, consolado algunas veces con las visitas de su mujer, estaba bastante enfermo.

Chabot, solo, abandonado de todos, cubierto de ridículo y de desprecio por los demás presos, no podía soportar este suplicio de la infamia. No tuvo ni la gloria que tanto había ambicionado en la muerte. Su cabeza cayó en medio de los silbidos. Se procuró un veneno, lo bebió, y no pudo soportar los dolores de la

agonía. Sus gemidos atrajeron á los carceleros á su calabozo, y éstos le volvieron á la vida, conservándole así para el suplicio.

Camilo Desmoulins inspiraba el sentimiento de compasión que se experimenta hacía la debilidad. Ligerero y caprichoso aún en sus iras, la sonrisa había estado siempre al lado de la imprecación en sus labios. Los odios que había inspirado eran tan ligeros como él, y no resistían á sus lágrimas. Camilo no cesaba de invocar en altas voces el nombre de su mujer, la bella Lucila. Desesperada esta joven, y privada hacía cinco días de su padre y de su marido, estaba todo el día alrededor del Luxemburgo para ver á este último, ó al ménos para ser vista de él, aunque fuese de lejos. Las señales eran los únicos medios que tenían de hablarse á través del espacio. Su separación había sido tan patética como imprevista.

Lucila era hija de madama Duplessis, una de las más hermosas mujeres de su tiempo, y de Mr. Duplessis, antiguo empleado en hacienda y celoso patriota. Una larga pasión y una dolorosa esperanza de muchos años habían precedido á la unión de los dos jóvenes esposos. Aquel jardín del Luxemburgo en donde lloraban ahora los dos amantes, había sido precisamente el lugar de su primer encuentro, de sus entrevistas y de sus amores. Brissot, Danton y Robespierre visitaban entonces la casa de Duplessis, y habían firmado como testigos y amigos de la casa el contrato matrimonial. De estos hombres, separados á la sazón por las facciones y por el cadalso, el uno era la ocasión y el otro el instrumento de las desgracias y de la viudez próxima de la joven esposa.

La noche del 30 al 31 de Marzo, en el momento en que Camilo descansaba en los brazos de su esposa, el ruido de la culata de un fusil junto al dintel de la puerta de su habitación le hizo despertarse sobresaltado. «¡Vienen á prenderme!»—exclamó. Se desprendió de los brazos de su mujer, y fué á abrir á los soldados, que le presentaron la orden de darse á prisión, y restregándola entre las manos, dijo: «¡Esta es la recompensa de la primera voz de la revolución!» Estrechó contra su corazón á su mujer y á su hijo, que estaba dormido en la cuna, y siguió á los gendarmes al Luxemburgo, sin saber aún nada de su crimen ni de sus cómplices. Arrojado en medio de la noche á un calabozo, oyó por las grietas de la pared una voz conocida que exhalaba dolorosos gemidos. «¿Eres tú, Fabre?»—le dijo. «Sí,—le respondió el enfermo.—Pero ¿eres tú, Camilo? ¿Tú aquí, siendo amigo de Danton y de Robespierre? Pues qué, ¿se ha consumado la contrarrevolución?» Fabre d'Eglantine y Camilo Desmoulins estuvieron hablando hasta el día, sin poder adivinar el enigma de su situación. El alma débil del folletista no tenía el temple necesario para resistir las sacudidas violentas de las revoluciones. En lugar de tener firmeza, se enternecía. Dejaba demasiado amor y demasiada felicidad detrás de sí para no sentir la pérdida de la vida. Su mujer no podía creer en una separación eterna. «¡Ay de mí!—exclamaba delante de los que fueron á consolarla.—Lloro como mujer porque él sufre, porque dejarán que le falte todo, porque Camilo no nos verá ya más; pero yo tendré todo el valor de un hombre, y le salvaré. ¿Por qué me han dejado á mí libre? ¿Creen que no levantaré la voz? ¿Han contado con mi silencio? Yo iré á los Jacobinos é iré á casa de Robespierre. Fué nuestro huésped, nuestro amigo, y el confidente de nuestros sentimientos republicanos. Su mano ha unido las nuestras. Habiéndonos servido de padre, ¿cómo puede ser nuestro asesino?»

Cuando supo que Danton había sido preso con su marido, corrió llorando á casa de madama Danton. Esta, de edad entónces de diez y siete años, llevaba en su seno el primer fruto de su matrimonio, que dió á luz un mes despues de la muerte de su marido. Lucila Desmoulins se precipitó en los brazos de su jóven amiga, y le suplicó que la acompañase á casa de Robespierre para echarse á sus piés y conseguir el perdon de sus esposos. Madama Danton lloró con Lucila, pero se negó á todo paso que envileciese el nombre que llevaba. «Seguiré á Danton al cadalso,—dijo,—pero no humillaré su memoria delante de su enemigo. Si debiese la vida al perdon de Robespierre, no me lo perdonaria en este mundo ni en el otro. Me ha legado al partir su honor, y yo debò conservarlo intacto.» Desesperada Lucila, corrió sola á la puerta del comité de salud pública, de donde fué rechazada. No pudiendo ver á Robespierre por más que hizo, le escribió. Hé aquí su carta:

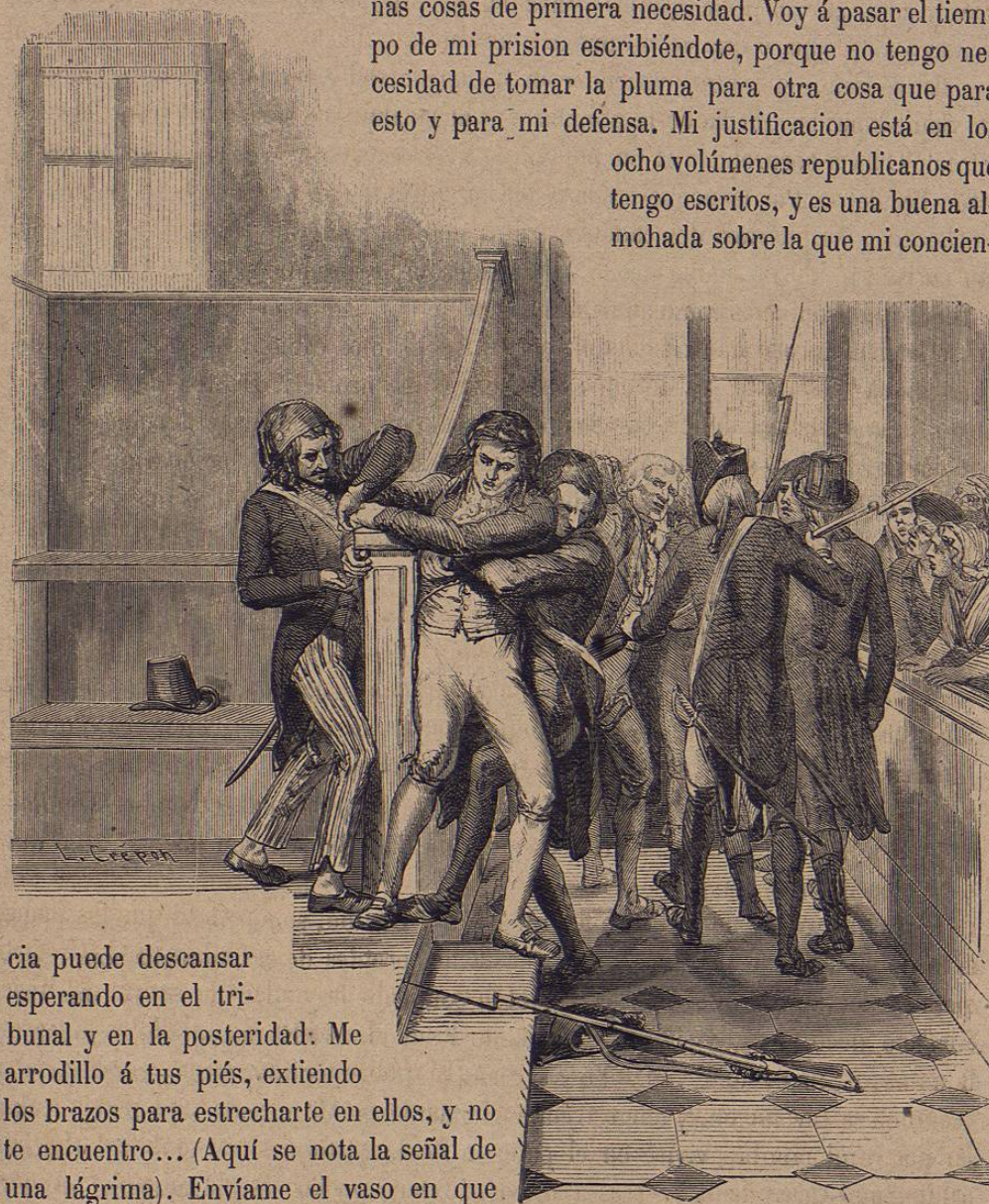
«¿Eres tú el que nos acusas de proyectos de traicion hácia la patria, tú que tanto te has aprovechado de los esfuerzos que hemos hecho únicamente por ella? Camilo ha visto nacer tu orgullo, y ha presentido la marcha que querias seguir; pero él se ha acordado de vuestra antigua amistad, y ha retrocedido ante la idea de acusar á un amigo y un compañero de trabajos. ¡Aquella mano que ha estrechado tantas veces la tuya, ha dejado la pluma tan pronto como no pudo trazar tu elogio, y tú le envias á la muerte! ¿Has comprendido su silencio? ¡Camilo debe estar agradecido! Pero Robespierre, ¿podrás llevar á cabo los funestos proyectos que sin duda te han inspirado las almas viles que te rodean? ¿Has olvidado aquellas relaciones que Camilo no recuerda sino con estremecimiento, tú que hiciste votos por nuestra union, que uniste nuestras manos con las tuyas; tú que te has sonreido viendo á mi hijo, cuyas tiernas manecitas te han acariciado tantas veces? ¿Podrás negarte á mi súplica, despreciar mis lágrimas y hollar la justicia? Porque bien sabes que no merecemos la suerte que nos preparan, y que está en tu mano evitar. Si nos hacen sucumbir, será porque tú lo mandes. Pero ¿cuál es el crimen de mi Camilo? No poseo su pluma para defenderle; mas la voz de los buenos ciudadanos y tu corazon, si es sensible, estarán en mi favor. ¿Crees tú que los demas ciudadanos tendrán confianza en tí, viendo que sacrificas á tus amigos? ¿Crees tú que bendecirán al que desprecia las lágrimas de la viuda y la suerte del huérfano? Si yo fuese mujer de Saint-Just, le diria: «La causa de Camilo es la tuya y la de todos los amigos de Robespierre». ¡El pobre Camilo, en la sencillez de su corazon, estaba muy distante de pensar la suerte que le espera hoy! ¡Creia trabajar por tu gloria, haciéndote ver lo que le falta aún á nuestra república! ¡Le han calumniado cerca de tí, Robespierre, porque tú no podias creerle culpable! ¡Acuérdate que jamás te ha pedido la muerte de nadie, que no ha querido dirigir sus tiros contra tu poder, y acuérdate, en fin, de que tú eres su más antiguo y mejor amigo! ¡Ay! Tú vas á matarnos á los dos, porque herirle á él es matarme á mí...»

Esta carta se quedó sin concluir, y aunque se la confió á su madre, no llegó á poder de Robespierre.

Camilo Desmoulins había obtenido por su parte de la complacencia de un visitador de las cárceles los medios raros y secretos de comunicar con su mujer. Aprovechándose de ellos, le escribió la siguiente carta en el tiempo que medió entre dos interrogatorios:

«El destino ha presentado á mi vista en esta cárcel el jardin en donde he pasado ocho años viéndote; la vista de un rincon del Luxemburgo me recuerda una infinidad de detalles de nuestro amor. Estoy incomunicado, pero nunca he estado con el pensamiento, con la imaginacion, casi con el tacto, más cerca de tí, de tu madre y de mi pequeño Horacio. No te escribo este primer billete sino para pedirte algunas cosas de primera necesidad. Voy á pasar el tiempo de mi prision escribiéndote, porque no tengo necesidad de tomar la pluma para otra cosa que para esto y para mi defensa. Mi justificacion está en los

ocho volúmenes republicanos que tengo escritos, y es una buena almohada sobre la que mi concien-



Los dantonistas despues de su sentencia.  
Pág. 356.

cia puede descansar esperando en el tribunal y en la posteridad. Me arrodillo á tus piés, extendiendo los brazos para estrecharte en ellos, y no te encuentro... (Aquí se nota la señal de una lágrima). Envíame el vaso en que hay una *C* y una *L*, iniciales de nuestros nombres, y un libro que compré hace pocos dias, en el que hay algunas páginas en blanco, puestas á propósito para escribir notas. Este libro trata sobre la inmortalidad del alma. Necesito persuadirme de que hay un Dios más justo que los hombres, y que no puedo dejar de volver á verte. No te afectes mucho por lo que digo, querida mia; no desespero aún de los hombres. Sí, amada mia, aún nos veremos en el jardin del Luxemburgo; pero envíame ese libro. ¡Adios, Lucila! ¡Adios, Horacio! (Este era su hijo). No puedo abrazaros, pero por las lágrimas que

vierto me parece que os tengo contra mi corazón. (Aquí se encuentra la señal de otra lágrima).—Tu CAMILO.»

Una hora despues, el preso volvió á tomar la pluma.

«El cielo ha tenido compasion de mi inocencia; me ha enviado un ángel, y os he visto á todos en sueños. Enviame un rizo tuyo y tu retrato. ¡Oh! No dejes de enviármelo, porque únicamente pienso en tí, y nunca en el motivo que me ha traído á este sitio, y que yo no puedo adivinar.»

Entre tanto, el comité, vencedor en la Convencion por medio de Robespierre y de Saint-Just, se aturdió de la popularidad alarmante que seguía á Danton hasta la cárcel. Quería sorprender al pueblo con la magnitud de la victoria y con la prontitud del golpe. Por la noche trasladaron los acusados á la Conserjería. Danton, al entrar en aquel pórtico del cadalso, sintió debilitarse algun tanto la indiferencia por su suerte de que habia hecho gala desde que le prendieron. Sus facciones se pusieron tan sombrías como aquella mansion, y por una casualidad ó por una burla de la suerte, pusieron á los dantonistas en los mismos calabozos que tuvieron los girondinos. Esto, á la vez, fué una venganza y una profecía. Danton vió en esto el dedo de una justicia divina que sus desgracias empezaban á hacerle conocer. «En tal dia como hoy,—exclamó,—hice instituir el tribunal revolucionario. Yo pido perdon de ello á Dios y á los hombres. Mi objeto era prevenir otro nuevo Setiembre, y no desencadenar esta plaga sobre la humanidad.»

### VIII

Dieron principio los debates. Todos los jurados, escogidos por Fouquier-Tinville y presididos por Hermann, eran conocidos de los acusados. Fouquier-Tinville era pariente de Camilo Desmoulins, y debia al crédito de éste su empleo de acusador público. Pero el ojo del comité vigilaba á todos aquellos hombres y dominaba hasta en sus conciencias. No se les exigía que obrasen con justicia, sino que sentenciasen á muerte.

Sin embargo, el pueblo, que adoraba aún á Danton, se agrupaba á las puertas de la audiencia. La multitud llegaba hasta los pretilos de las inmediaciones para asistir al triunfo del gran patriota. Danton compareció en el tribunal con una dignidad un poco teatral y como despreciando á sus jueces: El presidente le preguntó su nombre, edad y domicilio. «Yo soy Danton,—le respondió éste,—bastante conocido en la revolucion, y tengo treinta y cinco años. Mi morada será bien pronto la nada, y mi nombre vivirá en el panteon de la historia.» «Y yo—dijo Camilo Desmoulins—tengo treinta y tres años, edad fatal para los revolucionarios; la misma que tenia el *sans-culotte* Jesus cuando murió.»

Habiendo hecho Fouquier que se sentasen en los mismos bancos Chabot, Fabre d'Eglantine y los intrigantes sus cómplices, Danton y sus amigos se levantaron y se apartaron de ellos, indignados de que se les confundiese en la misma causa con unos hombres notados de infamia. Dióse principio á la acusacion por éstos. Fabre d'Eglantine se defendió con la habilidad de un hombre consumado en el arte de la palabra. El testimonio de Cambon, hombre de conocida probidad, no dejó ninguna duda sobre el hecho que se les imputaba á los acusados de haber falsificado un decreto sobre hacienda. El jóven y desgraciado Bazire no tenia otro delito que

su amistad con Chabot y el silencio que guardaba para no perder á su amigo. Confidente involuntario, Bazire murió por no haber consentido en hacerse delator.

Herauld de Sechelless fué interrogado ántes que Danton, y respondió como hombre que desprecia la vida tanto como la acusacion, y que apela al juicio del porvenir. Hermann llamó en seguida á Danton. Le echó en cara sus relaciones con Dumouriez y sus ocultas complicidades para establecer la monarquía, corrompiendo al ejército y trayéndolo contra Paris. El acusado se levantó con fingida indignacion. «Los cobardes que me calumnian,—respondió dando á su voz una fuerza que llamó la atencion hasta en el comité de salud pública,—¿se atreverán á atacarme de frente? ¡Que se muestren, y bien pronto les cubriré de la ignominia que les caracteriza! Por lo demas,—prosiguió con un desórden y una precipitacion en las palabras que manifestaban la fermentacion de sus ideas,—ya lo he dicho y lo repito, mi domicilio será bien pronto la nada, y mi nombre estará en el Panteon. Mi cabeza está aquí: ella responde de todo... La vida me pesa, y estoy impaciente por libertarme de ella... Los hombres de mi temple no tienen precio... Sobre su frente está impreso en caracteres indelebles el sello de la libertad, el genio republicano... ¡Y es á mí á quien se acusa de haberme arrastrado á los piés de la corte, de haber conspirado con Mirabeau y con Dumouriez! Saint-Just, ¡tú responderás de las calumnias lanzadas contra el mejor amigo del pueblo! Al leer esta lista de horrores, siento estremecerse toda mi existencia.» Estas frases, evidentemente preparadas de antemano y halladas en retazos sueltos en una memoria y en una conciencia intranquilas, revelaban más orgullo que inocencia. El presidente advirtió al acusado que Marat, al hallarse en el mismo caso que él, se habia defendido de otra manera, refutando con pruebas friamente discutidas la acusacion.

«Y bien,—replicó Danton,—voy á descender á mi justificacion.» Pero separándose inmediatamente con nuevas explosiones de ira de una defensa razonada, exclamó: «¡Yo vendido á Mirabeau, á Orleans y á Dumouriez!... Todo el mundo sabe que he combatido á Mirabeau, y que he defendido á Marat. ¿No me he presentado el primero cuando se nos quiso arrebatat el tirano para llevarle á Saint-Cloud? ¿No hice fijar en los Franciscanos un escrito haciendo ver que era preciso comprometerse?... Estoy en mi cabal juicio cuando provoqué á mis acusadores, cuando pido que se me deje medirme con ellos. ¡Que se me presenten, y yo los sumergiré en la nada, de donde no debian haber salido nunca! ¡Viles impostores, salid, y os arrancaré la máscara que os oculta á la vindicta pública!...» El presidente volvió á recordarle otra vez la decencia y la moderacion que debe guardar el acusado. «Un reo como yo,—replicó Danton,—que conoce las palabras y las cosas, responde ante el jurado, pero no le habla nunca. Se me acusa de haberme retirado á Arcis-sur-Aube. Respondo á esto que ya he declarado en aquella época que el pueblo frances venceria, ó yo dejaria de existir. Necesito, añadí tambien entónces, ó los laureles ó la muerte. ¿En dónde están los hombres que han comunicado á Danton su energía? Hace dos dias que el tribunal conoce á Danton. ¡Mañana espero dormir en el seno de la gloria!... Petion,—repuso en seguida como un hombre que se extravía y que vuelve hácia atras,—Petion, al salir de la municipalidad, fué á los Franciscanos, y nos dijo que el toque de rebato debia darse á medianoche, y que por la mañana habia de abrirse el sepulcro de la tiranía. Confieso que se depositaron en mis manos cuando era ministro cincuenta millo-